

Luis Cortés Rodríguez

**DIÁLOGOS (APÓCRIFOS)
LINGÜÍSTICO-QUIJOTESCOS**

Dedicatoria	13
Prólogo	15
CAPÍTULO I. <i>Donde se cuenta cómo fue el inicio de estos diálogos lingüísticos</i>	21
CAPÍTULO II. <i>De cosas que atañen y tocan a la posición y a la mirada de los oradores en los discursos</i>	26
CAPÍTULO III. <i>De la sabrosa plática que Sancho mantuvo con el cura y don Quijote acerca de los apellidos</i>	31
CAPÍTULO IV. <i>De lo que le sucedió a don Quijote y a Sancho con unos frailes publicitarios</i>	37
CAPÍTULO V. <i>Donde se da inicio a la plática sobre si el nombre que se ha de dar a nuestra lengua es lengua castellana o lengua española</i>	43
CAPÍTULO VI. <i>Donde se da fin a la plática sobre el nombre que se ha de dar a nuestra lengua</i>	48
CAPÍTULO VII. <i>Del inesperado coloquio que tuvo don Quijote con el bachiller acerca de los vocablos poeta/poetisa</i>	53
CAPÍTULO VIII. <i>Que trata de lo que afean el habla de un gobernador las malditas muletillas</i>	58
CAPÍTULO IX. <i>De cosas que atañen y tocan a los silencios no deseados y a su modo de corregirlos</i>	62
CAPÍTULO X. <i>Del coloquio que mantuvieron don Quijote y Sancho acerca de las formas de saludo buen día/buenos días</i>	67

CAPÍTULO XI. <i>Que habla del enfado de don Quijote con Sancho por el mal empleo que hizo éste de algunos usos lingüísticos, en especial de locuciones latinas</i>	71
CAPÍTULO XII. <i>Que trata de la broma que el ventero y un arcipreste hicieron a don Quijote el día de los Santos Inocentes</i>	76
CAPÍTULO XIII. <i>De la plática entre don Quijote y un catedrático de Alcalá a causa de los vocablos decenio y década</i>	81
CAPÍTULO XIV. <i>Donde se cuenta el hilarante deseo de Sancho de recibir los aplausos de sus súbditos durante los discursos</i>	86
CAPÍTULO XV. <i>Que habla del desencanto de Sancho tras sus intentos de pronunciar un discurso y del mayor beneficio de otros saberes lingüísticos</i>	91
CAPÍTULO XVI. <i>Donde se prosigue la plática acerca de otros errores en el habla de Sancho: los malditos refranes</i>	95
CAPÍTULO XVII. <i>Del brusco diálogo que tuvo don Quijote sobre los libros de caballerías con el obispo de Sigüenza</i>	99
CAPÍTULO XVIII. <i>Del agradable coloquio que mantuvieron acerca de las medias calzas y las calzas enteras y del encuentro con dos bachilleres</i>	104
CAPÍTULO XIX. <i>Que trata de los vocablos llegados al español durante el siglo xvi</i>	108
CAPÍTULO XX. <i>De la conveniente plática que mantuvieron los dos bachilleres y don Quijote con Sancho acerca de los turnos y voces en los gobernadores</i>	113
CAPÍTULO XXI. <i>Del encuentro con dos cronistas y de la plática sobre las mujeres en la conquista de Indias y otras cuestiones</i>	117

CAPÍTULO XXII. <i>Acerca de las razones que llevan a los políticos a servirse del eufemismo y el disfemismo en sus discursos</i>	122
CAPÍTULO XXIII. <i>Sobre el particular provecho que el empleo del lenguaje atenuado reporta en quienes disponen del poder</i>	127
CAPÍTULO XXIV. <i>Tocante a la conveniencia que a veces tienen los caballeros andantes de hacer uso del lenguaje vago</i>	132
CAPÍTULO XXV. <i>De lo que contó don Quijote a Sancho acerca de lo que es el lenguaje redundante y sus modelos</i>	136
CAPÍTULO XXVI. <i>Que trata de la defensa que hizo Sancho de lo que él llama «al pan pan y al vino vino» frente a la palabrería de la retórica</i>	140
CAPÍTULO XXVII. <i>Donde prosigue la plática sobre el provecho o no de la retórica y de la explicación dada por don Quijote</i>	145
CAPÍTULO XXVIII. <i>Del diálogo que mantuvieron don Quijote y Sancho con dos académicos de la Universidad de Valladolid</i>	149
CAPÍTULO XXIX. <i>Donde se concluye el diálogo con los dos académicos de la Universidad de Valladolid</i>	153
CAPÍTULO XXX. <i>Que trata de las ventajas que procura el empleo de la naturalidad y sencillez en el habla y en la escritura</i>	157
CAPÍTULO XXXI. <i>Donde se continúa el diálogo sobre el empleo de la naturalidad y sencillez en el habla y en la escritura</i>	161
CAPÍTULO XXXII. <i>De la agradable conversación mantenida con dos desconocidos acerca de los lenguajes marginales en la literatura española de la época</i>	165

CAPÍTULO XXXIII. <i>Del final de esta conversación sobre lenguajes marginales y de su deriva hacia la germanía</i>	169
CAPÍTULO XXXIV. <i>Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor don Quijote acerca de la palabra dieta</i>	174
CAPÍTULO XXXV. <i>De los sabrosos razonamientos que pasaron entre don Quijote y un fiscal de un tribunal inquisitorial sobre la censura de libros</i>	178
CAPÍTULO XXXVI. <i>Donde se vuelve, curiosamente, a la inacabada cuestión del lenguaje redundante</i>	183
CAPÍTULO XXXVII. <i>De los inteligentes consejos que don Quijote da a Sancho para que entienda y desentrañe la fatuidad hueca en los gobernadores</i>	186
CAPÍTULO XXXVIII. <i>Del diálogo de Don Quijote y el cura acerca de la importancia del buen uso del humor en los gobernadores</i>	190
CAPÍTULO XXXIX. <i>Que trata de los consejos que dio don Quijote a Sancho sobre los preceptos de cortesía que han de guardar los caballeros andantes</i>	195
CAPÍTULO XL. <i>Donde se da fin a los consejos de don Quijote a Sancho sobre los preceptos de cortesía en los caballeros andantes</i>	199
CAPÍTULO XLI. <i>Del enfado de Sancho acerca del trato que en ocasiones recibe de su señor</i>	204
CAPÍTULO XLII. <i>Del encuentro que tuvieron don Quijote y Sancho con dos hombres de leyes y de su plática acerca del gerundio jurídico</i>	208
CAPÍTULO XLIII. <i>Del extraño interés de don Quijote por conocer el momento en que nuestra lengua se dignificó plenamente frente al latín</i>	214

CAPÍTULO XLIV. <i>Donde se da cuenta de los consejos que unos académicos dieron a Sancho ante el encuentro que éste habría de tener con la Duquesa</i>	220
CAPÍTULO XLV. <i>El recibimiento en el castillo de los Duques y el encuentro con fray Antonio Martínez, hacedor de discursos</i>	225
CAPÍTULO XLVI. <i>De los primeros consejos de fray Antonio sobre cómo son los discursos políticos</i>	229
CAPÍTULO XLVII. <i>Que habla de cómo ha de ser la primera parte de un discurso, parte que se intitula inicio</i>	234
CAPÍTULO XLVIII. <i>Donde se reanuda la plática acerca de las condiciones que requiere un buen inicio</i>	238
CAPÍTULO XLIX. <i>Que trata de cómo se entiende que ha de realizarse la parte segunda de un discurso, que se intitula desarrollo</i>	242
CAPÍTULO L. <i>Sobre la respuesta que dio fray Francisco a don Quijote acerca de las preguntas retóricas</i>	246
CAPÍTULO LI. <i>Donde se habla de la parte última del discurso, que es el cierre, y se remata esta plática con los dos frailes agustinos</i>	251
CAPÍTULO LII. <i>De la disputa del duque de Benavente con don Quijote y de los quebrantos derivados de ella</i>	254
Los «otros» personajes de los <i>Diálogos</i>	259
Bibliografía	263
Índice de materias, voces, frases hechas y nombres propios	269

Prólogo

Ocupadísimo lector:

Sin necesidad de juramento, aunque sí de promesa, he de decirle a vuestra merced que yo también quisiera ser discreto y que este libro escurriera donaire y gracia. Con tal condición, a los atinados satisfaría tanto como poco a los necios. Pero témome que no sea así. Este recelo me ha asaltado con plena equidad al recordar que el ínclito don Miguel de Cervantes, con apenas cincuenta y ocho años, en el prólogo de la primera parte de *El ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha*, vino a decir que temía la opinión del vulgo cuando este viera que daba a conocer ahora, tan mayor, una leyenda seca como un esparto, ajena de invención, menguada de estilo, pobre de concetos y falta de toda erudición y doctrina, así como de otras muchas cosas. Confirmo, con el perdón de vuestra merced, que esa 'leyenda' era *El Quijote*. Así que ha de imaginar, ocupadísimo lector, el desasosiego que he de sentir, por mi atrevimiento, al presentar este libro. No sólo supero en muchos años los que tenía el más grande manco de todos los mancos al escribir su obra, sino que mi ingenio, tan escaso, solo me dota para remedar, con exigua donosura y menor gracejo, ese estilo menguado que dice Cervantes que en su libro se da. Es digno pensar que esta mi temeridad no merezca otra respuesta que la misma pena que vuestra merced dice que da a los libros cuya lectura le ocasionan el enfado.

Con la mayor certeza he de juzgar que las palabras que Cervantes pone en su prólogo están dichas con la más grande ironía que cupiera pensar, incluso mayor que aquélla de la que se vale para ridiculizar los libros de caballerías. Ahora bien, estas otras palabras que ahora escribo muy lejos están de intentar siquiera imitar la mordacidad cervantina. En ellas no

existe retintín ni ironía ni socarronería ni sorna ni cinismo, solo el temor de que pudiese sentirse decepcionado el lector. Si *El Quijote* mejora en mucho, literariamente, lo que quiere parodiar, o sea, tantas y tan descomunales locuras como las que están escritas en los disparatados libros de caballerías, me sobrecoge el pensar que estas páginas que aquí se ofrecen sean solo una falsificación, mala y estrecha. Sin más.

Y, entonces, ¿por qué someter al posible lector a tan sorprendente e innecesario trabajo? Sencillamente, pues solo con la razón, repetida en la 'obra de las obras', de que no hay libro tan malo que no tenga algo bueno. Por tanto, aun no siendo este volumen, como hijo del entendimiento, obra que quepa considerar hermosa ni gallarda ni discreta, sí ansía quien esto escribe, y lo ansía con ardor, que sea didáctica, que ilustre en algo a quienes repasen sus páginas y que puedan contarse cuantos menos los que dijeren que ni una pizca les ha enseñado. Es más, me complacería pensar que alguno otro expresare que le ha servido para discurrir sobre ciertos aspectos de algo que le es tan cercano y conocido como el idioma del que se vale todos los días cuando platica con otras personas. Se trata del mismo idioma con el que pretendemos encauzar nuestras emociones, nuestra intimidad y, por tanto, el que nos acompaña en nuestro quehacer cotidiano.

El libro consta de cincuenta y dos capítulos, los mismos que tiene la primera parte de *El Quijote*. Desde agosto de dos mil diecinueve y durante algo más de un año, gran parte de ellos aparecieron en el periódico *La Voz de Almería*. Se publicaron del mismo modo que en el libro se muestran, aunque sin seguir el mismo orden y, obviamente, sin ninguna de las, aproximadamente, doscientas cincuenta notas a pie de página que en este encontramos. Al publicarse en su momento como columnas de opinión, sin otro cometido que divulgar

determinados conocimientos, se intentó siempre huir de sedudas argumentaciones o debates conceptuales, así como de citas de trabajos lingüísticos y de sus autores. Y lo hicimos, no por el motivo que confiesa Cervantes en el prólogo de su obra, «porque naturalmente soy poltrón y perezoso de andarme buscando autores que digan lo que yo me sé decir sin ellos», sino porque los nuestros son escritos, como decíamos, divulgadores. Bien es verdad que tales ausencias son compensadas, de alguna manera, en el presente volumen, con notas a pie de página en las que se alude, por un lado, a las fuentes, literarias o no, con la pretensión de que el lector pueda conocer algo más del tema tratado y, por otro lado, a la relación de algunas construcciones y dichos aparecidos en los artículos con su empleo en *El Quijote*.

El contenido de los capítulos está ligado mediante las acciones de los personajes. Estos, en ocasiones, son ciertamente quijotescos: Sancho, el cura, el bachiller Sansón Carrasco, el ventero, etcétera, pero en la mayoría de casos son tan apócrifos como la misma obra que ahora prologamos. Y con tal condición encontramos académicos, frailes, arciprestes, mujeres conquistadores, maeses, obispos, hombres de leyes, bachilleres, cronistas de Indias, militares, censores de libros, indianos, autores de libros prohibidos, etcétera.

Fuera de tal ligazón, el orden de los capítulos no responde a temática alguna. Esta constante variación de contenidos aspira a evitar cualquier atisbo de monotonía. A modo de ejemplo, en nuestro capítulo primero hemos de justificar el insospechado interés de Sancho por las cuestiones relacionadas con su habla, cuestiones tan ajenas a su condición. Para ello, remedamos el siguiente fragmento de *El Quijote* (cap. XLIII, II). En él el caballero da algunos consejos a su escudero para que sea un buen gobernador: